

# DEGASO

Montevideo, Setiembre de 1923.

N.º 63 — Año VII.



*Grabado en madera de Federico Lamau.*

## ENSAYO SOBRE LA AMISTAD

— A Telmo Menacorda, delicado amigo y cuyo ideal es ser un compañero perfecto de sus colegas.

Ningún asunto, si no es el mismo amor, ha hecho escribir a los hombres cosas más hermosas y sentidas.

Es asunto tan trillado, que aparentemente poco pudiera decirse de él. En efecto, en la clásica antigüedad, la amistad fue la reflexión obligada de los más grandes filósofos; la influencia de los griegos y de los latinos en la cultura del Renacimiento, tuvo por fin también, el popularizar el tema entre los ingenios de esa época sin par.

Deleitarse en la amistad, es una cosa, reflexionar sobre ella, buscarle su sitio entre los fenómenos sociales, otra.

Entre los inspiradores cuentos de Longfellow, llamados "Narraciones de una posada vecina al camino", hay uno que me explica la indecisión que embarga mi ánimo. Había un monje que desde largo tiempo atrás había aspirado y rezado por adquirir una vida mejor, vida que fuese digna de permitirle ver al Maestro Jesús mismo, en el curso de una visión radiante. Al cabo de algún tiempo le aconteció lo que tan ardientemente anhelaba. Tuvo una visión.

La húmeda oscuridad perdió de repente toda su densidad y se llenó de una luz esplendorosa. En tanto

miraba extasiado el hermano a su Maestro y Señor, oyó el tintineo de la campana conventual. Llamábale al deber ineludible de ir a alimentar a los menesterosos que se agolpaban a las puertas del convento. Vaciló como es de imaginarse el místico joven. Temía, y con razón, no hallares más con la sobrenatural escena. ¿Pues no se trataba en efecto, de abandonar el ideal de su alma, hecho sensible por una multitud de pobres hambrientos?

Sin desaprobar su conducta, oyó una voz que le decía: "Cumple con tu deber. Y, deja que el Señor haga lo demás".

Inmediatamente fué a nutrir a los menesterosos, y, al regresar de su cristiana tarea, encontró intacta la visión que llenaba de goce a su alma.

Y entonces, volvió a oír otra vez la voz que le decía: "Si te hubieses quedado, yo me hubiese tenido que ir".

Así me pasa, señoras y señores: El lado poético, el aspecto sentimental de este afecto de los afectos, me llama hacia él a semejanza de la imagen de otra mundanidad al piadoso clérigo, mas mi deber está en otra parte y quizás vosotros y yo seremos recompensados por atendernos antes que nuestra propia delectación.

---

El poder pernicioso de las malas compañías es tal, tantas vidas se han arruinado por el contacto con seres perversos que desde un principio no más debemos atendernos a la manera de definir la amistad.

Tal importancia tiene esta relación como elemento en la estructura social, que tiene su capítulo aparte en la ciencia de las sociedades.

El origen más elemental, casi diré biológico de la

amistad, descansa en las percepciones de semejanza y desemejanza entre los seres. Este sentir, muy primitivo, va agrupando a las personas naturalmente en clases similares.

De los principios generales, pasemos a los particulares, y veremos de qué modo gradual va desenvolviéndose este sentir tan poderoso que varía según su intensidad entre la acción expresada por la frase: "Me gusta tal persona", simpatía, camaradería, y en forma más alta, casi diré religiosa y que se ha dado en llamar: amor platónico, por ser Platón, el maestro de Atenas, quien con más acierto la precisó y la describió.

La amistad es uno de los temas que más fácilmente se presta a grandes divergencias de opiniones, pero a mi modo de ver, estas diferencias son únicamente respecto a los detalles del asunto.

Esto pensamiento me trae al recuerdo esos temas ricos y espléndidos en su manejo, que los músicos suelen tomar de otros y alrededor de los cuales bordan sus propias composiciones, mas siempre a condición de volver a introducir el motivo prestado, el motivo inspirador.

Existe una clase de amistades como existe una clase de productos químicos denominada el oxígeno.

"Lo semejante atrae a lo semejante", era en el pensar de Empedocles, lo fundamental de este vínculo y creo que hallaréis ser este último el carácter permanente de las relaciones amistosas. Los que se quieren como amigos, notadlo bien, tienen potencialmente los mismos principios y sentidos. Podrán éstos no ser conocidos a primera vista pero seguid el curso de la amistad y veréis cómo ésta aumentará o disminuirá en proporción directa a las cosas en común, e indirecta, cuando vayan surgiendo las distancias.

Sucede a veces que una secreta simpatía—y la ape-

lido así porque es inexplicable—nos impulsa a con-  
cebir la amistad de ciertas personas. Los sabemos dis-  
tintos de nosotros, pero queremos si ello fuera posi-  
ble, engañarnos a su respecto.

¿Qué sucede, qué acontece en estos casos, si nuestro  
sentir es el más puro, desinteresado o fuerte? Predomi-  
namente el atraer a esa alma hacia nuestro círculo  
de preocupaciones, hacia la esfera de nuestras creen-  
cias y de nuestras esperanzas.

Lo parecido busca a lo que se le asemeja y sólo en  
este distintivo puede basarse una amistad. Es su  
principio más general y constante y hasta me atrevo  
a afirmar su íntima esencia. Lo hallaréis así, por  
más vueltas que deis al asunto.

---

Hojando en una ocasión el libro, diré casi íntimo,  
de un amigo a quien esperaba, leí unas frases tan  
hermosas, que le pedi me las dejase copiar.

Decían de este modo: "Tan profunda ha sido la  
impresión que su bella alma ha hecho sobre la mía,  
que no puedo pensar en nadie a quien puedan querer  
más sabía y más fielmente. Desearía vivir siempre  
cerca suyo porque siento en usted, a un hermano".

---

Se trataba aquí, a todas luces, de dos almas cuyo  
motor en la amistad era una aspiración hacia algo  
mejor de lo que podían haber logrado cada uno por  
su lado.

Recuerdo cual si lo estuviera oyendo ahora mis-  
mo, las palabras de unos viajeros alemanes acerca  
de dos jóvenes que se despedían en una estación tras-  
andina. Ambos no habían podido contener sus lágrimas  
al separarse, porque habían batallado juntos en

la vida e ideado un plan que el viaje repentino debía destruir para siempre.

Una vez el tren en marcha, mudo y solitario, envuelto en su dolor el joven parecía la misma imagen de una desesperación que tenía muy profundas raíces en su alma.

“Este, — díjole uno de los viajeros al otro, — es aquel que tanto ha llorado por su hermano. “Dieser ist der für sein bruder so fiel geweine hal”, un vínculo fraternal, que aún como en el caso que nos ocupa, es reconocido por personas ajenas a él.

Llevado por mis tareas de conferenciante, tuve la ventura de pasar en la Universidad de Cornell tres inolvidables días.

Al pasearme una divina tarde por el campo universitario, fui gratamente sorprendido por un paisaje en verdad inspirador. El sol declinaba y teñía de grandes franjas rojas al horizonte vastísimo. Alguien, un espíritu bueno, llamante de la naturaleza, había colocado frente a él un escaño de piedra. Iba a sentarme, cuando leí una inscripción que no olvidaré mientras viva:

*“Para aquellos que se sienten alegres aquí,  
Para aquellos que descansan tristes aquí  
Deseamos simpatía y le damos bienvenida.  
Así lo hicimos nosotros en nuestra época”.*

¡Qué mejor monumento elevado a la amistad, que esta inscripción, fruto de todas las ventajas y de todos los placeres brindados por el vínculo amistoso?

Ella es así, algo para los días de sol como para los días de lluvia, algo para las horas de fiebre, aburri-

miento o desesperanza, cual para las de triunfo y júbilo.

---

Hace pocos meses, asistí en Nueva York a la inauguración de un monumento tan sencillo como elocuente por las enseñanzas que sugería.

En el claro dejado por la intercepción de dos vías de las más transitadas del mundo, se ha colocado un banco romano y frente a él, una piscina rodeada de verde y de flores del tiempo.

En vez de colocar con vana y pasajera pompa la estatua de los esposos Ida Straus, muertos juntos en la catástrofe del "Titanio", por no quererse separar en esa hora fatal, hase hecho algo que viene a ser semejante a la enseñanza desprendida de esas vidas heroicas y serenas. En medio del tumulto, estos esposos reconocieron esa paz que flota por doquier en el seno del mar como al través de los gritos de la vía pública. Las cosas van y las cosas vienen. Los hombres nacen y los hombres mueren, pero esa serenidad que es el fondo de la vida misma, permanece y nos llama en todo momento.

La amistad se asemeja a ese oasis de la calle Broadway; la amistad procura esa paz.

---

¡Qué comentario mejor a esta faz sedativa de la amistad que un pensamiento del más sabio, entre los artistas del mundo, Wolfgang Goethe:

"Feliz aquel que abandona el mundanal y vacío ruido y a su pecho aprieta un amigo".

Al mencionar a Hamlet, el desventurado príncipe de Dinamarca, "En Willherlm Meister", caracteriza-lo de esta manera clara y bella:

"Como era puro de corazón, comprendía la lealtad y sabía apreciar el reposo con que se delecta un corazón sincero en el seno de un amigo".

"Es la imitación de Cristo" por Tomás A. Kempis, libro penetrante si lo hay en la literatura mística del mundo, leí unas pocas palabras que me quedaron grabadas como si fuesen a fuego.

Es la voz del amado que habla:

"Porque tú tienes en él a quien todo un mundo no podía darte".

Y aquí pasamos más allá de ese umbral que nos habíamos puesto por término de la amistad divina, del suprasensible amigo que no se equivoca ni puede equivocarse.

Refiérome a aquel a quien se ha definido con esta concepción digna también de lo divino:

"Cristo .. Es alguien que está cerca vuestro, porque os ama".

Descendiendo la sacra colina, a donde nos ha elevado la contemplación de la serenidad que transmite la amistad, (cual) definición puede abarcar mejor a esa amistad que es amor y de ese amor que es amistad:

*"Alguien cerca vuestra porque os ama"*

La raza helénica ha sido entre todo la que ha dado más nobles ejemplos de la amistad heroica. Faltó no hay duda de ello, el vínculo amistoso, la causa directa del valor y hasta diré de la misma independencia de la Hélade.

No hay sino que pasearse por un museo de antigüedades griegas, para ver en la constante reproducción de armónicas juventudes, el culto hacia esa noble pasión.

Todo nombre de héroe en Grecia, ya pertenezca a

la época legendaria o a tiempos más recientes, va unido al de su compañero inseparable.

Así Aquiles, sugiero a Patroclo y su recuerdo vive más lozano en nuestra mente, no tanto por sus hazañas de guerras gloriosas, sino por la magnánima energía con que defiende el cuerpo del camarada muerto por el valeroso Héctor.

Hasta ese trágico suceso nada le ha ablandado el corazón, ni la querrela con el rey Agamenón, ni las pérdidas de su propio pueblo. Una sola cosa le impulsa a tomar sus armas brillantes como el disco de Helios y la cimera de bronce, cuyos rayos encienden

Cuanto más se estudia la historia de este pueblo maestro, más se comprende la imposibilidad de llegar a su alma nuster sin admitir la fraternización como su base más estable.

Inspiró la vida política y la vida individual del cuerpo político.

¿Quiénes sino amigos fueron Harmodio y Aristogitón, cuyos tentativas de librar a la patria de la tiranía, tornólos héroes de la nación?

En este sentimiento fundó su filosofía el discípulo de Sócrates. En uno de sus diálogos más notables, titulado el *Simposium* o *Convite*, es donde la amistad y el amor son discutidos desde todo punto de vista, y llega de conclusión en conclusión hasta hacer de este sentimiento una iniciación para las cosas trascendentes del espíritu.

Divino don este de saber ser amigo; entusiasmo, que va en aumento hasta transformarse en la pura contemplación de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. La idea madre denominémosla de esa manera, del autor de la "República", es sublime y consiste en afirmar: que el ejercicio o la práctica de la amistad o del altruismo superior, según hoy lo ll-

maríamos. conduce a la visión de la Suprema Belleza. ¿No es ello, anticipándose al Maestro de Galilea en 400 años, decir que los puros de corazón verán a Dios?

¿Acaso puede uno imaginarse algo más desinteresado, más puro, más ético, que estas amistades constructivas?

No hay hombre sin hombre, ha dicho Jacinto Benavente, el principio incontestado de la actual literatura castellana, y pudiera haber completado su filosófico pensamiento, diciendo: No hay conocimiento de Dios, sin que él vaya unido al amor de alguien.

Amar, era para Platón desear el bien para el objeto amado Aristóteles, menos poeta, pero quizás en nuestro moderno concepto más científico, llevó aún más adelante nuestras ideas.

Así leemos en su Ética: "La perfecta amistad o amor es la amistad o el amor de aquellas personas que son buenas o semejantes en virtudes; por razón de que estas personas se parecen al desearse el bien la una para la otra, en la medida de su excelencia. La gente que anhela el bien para sus amigos por ellos mismos, son los que, en el sentido más estricto, pueden llamarse amigos, pues es su amistad una consecuencia inmediata de su propio carácter, el cual no constituye un mero accidente, sino algo permanente. "La amistad perdura cuanto su virtud y la virtud es una cualidad invariable"

En otro trozo de su célebre tratado, habla de que debiéramos anhelar el bien para nuestro amigo por su propio interés y no por el nuestro. Si queremos el bien de los demás en este sentido, se nos llama deseadores del bien, a menos que estos deseos no sean reciprocados; cuando estos últimos son mutuos, se dice de ellos que son amor o amistad"

No importa dónde nos conduzca nuestro amor al

saber; encontraremos unidas o vinculadas a la amistad. las más pujantes virtudes.

Cicerón, aquel ilustro y despojado varón, cuya elocuencia salvó por tres veces a la República Romana de ser el juguete de una juventud elegante y moralmente corrompida, tiene su derecho a nuestro recuerdo por su libro sobre la amistad.

No sólo le ha dado el mayor de los renombres, sino que le ha traído hasta nosotros a semejanza de un amigo inmortal

“La vida no es más la vida, si a uno no le es permitido reposarse en el afecto de un amigo”, escribe esto neoplatónico con un alma de verdadero aristócrata

Aristocracia en verdad, era la selecta compañía de los mejores, que cenaban con el genial abogado, consultaba sus papiros o practicaban en las terrazas de su magnífica villa, refrescados por la brisa del mar.

Gastón Boissier, uno de esos dos mil atenienses a que se refiere Hipólito Taine, en uno de sus *Ensayos*, ha escrito un libro sobre *Cicerón y sus amigos*

Delecta su lectura y hace vivir por unos momentos, harto fugaces desgraciadamente, con hombres que por haber sabido cultivar la amistad llegaron hasta nosotros embellecidos y rodeados de esa suprema distinción que es para las personas, lo que la pátina para el mármol, el bronce o la piedra. El tiempo ennoblecía y purificaba

Oñuscado por falsos ideales de ascetismo, la amistad no presenta en la edad media ese carácter escultural de líneas puras y armoniosas, ese perfil tranquilo que nos atrae con fascinación hacia la estatuaría griega. Pero, sin embargo, encontramos aquí y allá leyendas de una ingenuidad cuyo encanto perdura aún. El Medio Evo ilustró el aspecto inocente, pueril, ingenuo de la amistad. Si ella fué hija de

la razón en Roma y en Atenas, en los tiempos medievales proviene directamente del corazón.

Amis y Amile con el David y Jonatán, el Orestes y Pilades, el Damón y Pitias, de los tiempos que precedieron al Renacimiento.

De esta leyenda existen unas treinta versiones en casi todos los idiomas europeos. "Amis y Amile, cuenta el trovador, eran amigos abnegados, gemelos en el parecido y en sus vidas. Una vez se perdieron de vista durante dos años. Al volverse a encontrar se juraron mutua fidelidad, amistad y el propósito de no separarse nunca. Amis, tomó el lugar de Amile en un torneo para salvar su vida expuesta por un traidor. Así le ganó la mano de la hija del rey para esposa. No mucho tiempo después, cayó enfermo de lepra, acudió como ora de suponerse a su hermano de armas y éste y su consorte le pusieron sobre una hermosa cama y se constituyeron en sus criados. Y aconteció una noche, cuando Amis y Amile descansaban, sin otras personas presentes que Dios, éste le mandó a Amis su arcángel Rafael. Dijo el celeste mensajero que el Señor había atendido a sus plegarias y juzgado necesario que Amile sacrificase a sus dos hijos para bañar al amigo en la sangre de ellos.

Ochoó mucho a Amis semejante propuesta y rehusó transmitírsela a su amigo. Pero todo fué inútil, porque Amiles había oído también las palabras del arcángel. Después de reflexionar un poco, no vaciló el fiel caballero en degollar a sus dos niños y lavar el cuerpo de Amis con su sangre inocente. Curóse de esta suerte el caballero. Después retiróse el acongojado padre al dormitorio de su prole para llorar por su muerte, pero lejos de continuar con su lamentación echóse a reír; jugaban los pequeños, y por todo daño llevaban alrededor de su cuello, una señal carmesí por todo indicio de lo que había pasado

Murieron los jóvenes héroes sobre el mismo campo de batalla y ni aún al ser sepultados lejos, el uno del otro, pudieron mantenerse separados. En efecto, fueron encontrados juntos sus ataúdes a la mañana siguiente.

Despejad el ambiente extravagante tan propio de la exaltación religiosa de la época, y no se puede sino regocijarse en esta amistad sin par que no se detuvo ni ante el sacrificio de los más entrañables afectos.

Amis y Amiles figuran en el Santoral del Medio-Evo. El perfume de la amistad, se extrae sobre todo, de las memorias íntimas de los hombres célebres.

Hase dicho con encanto de verdad, que el romance más interesante del mundo es la novela de la vida íntima. Así, al recorrer el velo de la vida del gran San Agustín, vemos cuán delicado amigo fué. Era Agustín en extremo sensitivo y sufrió mucho a causa de la envidia, del odio y de la incomprensión; por ello acaso, sintió con tanta poesía este afecto superior. Al morir su más querido amigo Nebridius, exclama: "y ahora vive al amparo de Abraham; cualquiera que sea el significado de ese amparo, allí vive mi Nebridius, mi dulce amigo". Y más adelante, en sus memorias escribe estas delicadas frases. "Mi corazón quedó quebrantado de dolor: en todo descubría la muerte. Resultaba para mí un tormento el residir en mi país natal, y una extraña felicidad el hallarme en la casa paterna. Echándole de menos, cuanto había compartido con él, se convirtió en una tortura perturbadora. Mis ojos le buscaban en todas partes sin descubrirle; odiaba todos los lugares porque él no se encontraba allí. Tampoco podían decirme. ¡Volverá como cuando estaba ausente! .. sólo las lágrimas me eran dulces, pues sucedían a mi amigo en la más cara de mis afecciones".

Ello demuestra no sólo maravillosa sensibilidad, sino una gran profundidad poética de alma.

Paralela a esta pasión de la amistad por un ser de excepción, corre el ejemplo de otro gran teólogo, Newman, que, al morir Ambrosio Saint John, su mejor amigo, pasóse toda la noche en la capilla ardiente, abrazado del cadáver.

Si estos grandes espíritas, de inmenso corazón y de maravillosa inteligencia, necesitaron renunciar a menudo con sencillez infantil a sus grandes poderes, ante seres muy inferiores a ellos, ¿qué no habremos de hacer nosotros! Como ellos, debemos amar la paz de la amistad; el bálsamo que representa para nuestra vida la presencia de los amigos queridos. Ellos son, para calificarlos con una bella frase del célebre Cardenal inglés: "la ondulación de la túnica de quienes ven a Dios en el Cielo".

El Renacimiento fué una era fecunda para la amistad. Y el motivo debemos buscarlo en la renovación de los estudios clásicos.

El sentimiento de la amistad dió origen a una escuela de poetas entre los que se cuentan los nombres ilustrísimos de Miguel Angel y de Sir Philip Sydney.

Sin embargo, el ejemplo más excelso del asunto, nos lo da Guillermo Shakespeare en su drama el Mercader de Venecia.

El sentimiento moderno de abnegación de un hombre por otro, la amplitud y hasta qué grado heroico puede llegar, no ha sido superado jamás por otra producción dramática.

Lo placentero, lo sublime y lo tragico de la amistad, están ahí descriptos con los mas seguros acentos.

Antonio, el opulento príncipe mercante, ya resuelto a dar su vida por alcanzar la felicidad del amigo, pinta de este modo su situación:

*Recordadme a vuestra honorable esposa;  
 Contadle el proceso del fin de Antonio:  
 Decidle cómo os amé, hablad bien de mí, en la hora de  
 la muerte,  
 Y cuando sepa ya todo esto, rogadle sea el juez de  
 Basanio.*

*De sí Basanio no fué amado una vez.  
 No lamentéis el haber perdido a vuestro amigo,  
 El no se arrepiente de haber pagado la deuda con  
 [traída por los*

A lo que Basanio responde:

*"Antonio, yo estoy casado con una mujer,  
 que me es tan cara como la vida misma,  
 Pero aún la vida, mi esposa, y todo el mundo,  
 No los aprecio tanto cual la vuestra.  
 Todo lo perdería, lo sacrificaría todo a ella..."*

---

Hago de ello, unos veinte años, cuando florecían alegre mi infancia, mi placer más intenso de niño era concurrir a las representaciones teatrales de cuentos de hadas. En Inglaterra dáseles el nombre de *pantomimas* y forma parte integrante del programa de los festejos de la Nochebuena.

Tengo muy presente una de ellas y sobre todo una escena que nunca he podido obliterar por completo de mi imaginación. Representaba la biblioteca de un poderoso gigante. Habíase introducido allí un pobre mozuelo, muy contra la voluntad de su dueño, hombre duro de corazón.

No sabré decir, por qué serie de circunstancias, ábrense los armarios de libros y de los estantes a salen los personajes que ellos describen.

---

Esta es mi actitud ante los héroes de la amistad. Los conozco a fondo y amo a cada uno, por un rasgo que en él fué peculiar.

San Agustín, cuyas confesiones le hacen un ser muy humano, parece decirme en las propias palabras de su narración: "Porque no relaté mi afecto por el amigo, cuya dulce intimidad fué más dulce que toda la dulzura de mi vida".

Veo a Montaigne, el maestro Shakespeare, el sabio más admirado en sus tiempos, y pienso en su amistad con Esteban de la Boetie y quisiera leerlos una por una las frases en que no cesa de ponderar el mutuo coloquio de sus almas.

Y así podríamos ir peregrinando durante muchas horas de oro, pero no quiero privaros del placer de leer cuanto antes la vida de los grandes hombres y sabréis entonces qué cosa luminosa y bendita fué para ellos la amistad.

---

Nada para mí por lo menos, graba tanto un concepto como el que vaya asociado a una representación gráfica, y máxime cuando ello no es puramente una creación del artista, sino que sale viviente de la misma realidad.

Pocos meses después de estallar la actual guerra, salió en un diario ilustrado de Estados Unidos, la fotografía de dos jóvenes belgas en traje militar y aguardando a lo que parecía la salida de un tren. El más joven de ellos, estaba sentado en un banco, herido en la cabeza, mientras el otro le cuidaba, su faz vuelta al otro lado para esconder el gran dolor que le causaban los sufrimientos de su camarada.

Este cuadro simboliza admirablemente y define cuanto hemos dicho.

Nosotros también aguardamos una nueva era, como estos soldados viajeros, cuya única diosa, en el tumulto de tanto desastre, es la de saberse amigos.

Tan sólo cuando sea el amor de los camaradas, una perfecta institución social, podrá considerarse a la democracia como el más firme y el más divino de los gobiernos.

ALBERTO NIN FRÍAS.

## VERSOS EN PROSA Y PROSA SIN POESIA

A propósito de ciertas orientaciones  
de última hora en la técnica del verso.

El ritmo fué, es y será mientras exista el verso, su propia alma. El verso sin ritmo es el cadáver del verso. Una "ley científica" lo establece; aquella "ley del ritmo" que según Tyndall y Spencer, "rige todos los movimientos; que cambia la agitación en ondulación regular"; es aquella "ley fisiológica" a que se refiere Guyau, según la cual se mueven u oscilan nuestras piernas en la impaciencia o en la inquietud; se agita nuestro cuerpo en el dolor físico o moral; saltamos en el júbilo vivo; vuélvese rítmica y musical nuestra palabra, a medida que el pensamiento se enriquece y se encumbra.

Y si ha de ser el verso la expresión natural de nuestras emociones, podrá prescindir de la rima que es su atavio, pero jamás del ritmo, en virtud de aquellas leyes fisiológicas y psicológicas que regulan su organismo y su vida, y a las que se refería aquel luminoso maestro, cuando afirmaba que la una proviene del otro, al punto de que la rima era llamada la *ritma* en el siglo VI por Joachin du Bellay.

Ahora y siempre la poesía no ha sido sino la traducción en ritmos de un estado de alma; música de las palabras, música de las ideas a las que el poeta se

abandona. Sólo se concibe la una sin la otra en los dominios de la prosa, y prosa han sido siempre en razón de ese mismo divorcio, tanto los versos clásicos de Boileau y Voltaire, ausentes de armonía y unción lírica, como algunos de esos versos no ya blancos, al decir de los poetas franceses, sino *descoloridos*, de ciertos poetas contemporáneos, unanimistas, ultralistas, etc., frente a los cuales resulta más poética la prosa, no digamos de la "Plegaria sobre el Aerópolis" o el "Apóstrofe de Silvestre Bennard" o de la del "Marqués de Bradomin", sino aún mismo, la que se hacina en la más pedestre columna de gaceta:...

Fue debido al acatamiento a la majestad del ritmo, que Verlaine y Albert Samain han perdurado por sobre el farrago y la confusión de las tendencias finiseculares, venciendo el olvido que hiciera prosa finalmente de la mayoría de sus camaradas de renovación, y ello a pesar de que tanto el uno como el otro, se apartaron bastante de la impecabilidad estatutaria de un Chenier o de un Moreas.

Quisiera formular un juicio sintético sobre esa arquitectura del verso de ciertos poetas franceses de la última data, ya que esa misma tendencia ha pretendido invadir también, aunque en forma tímida, el dominio de las letras hispano-americanas. Ante semejante novedad, Verhaeren y Regnier, malgrado todas sus "herejías", rimando singulares con plurales, reemplazando la rima por la asonancia, mezclando el femenino con el masculino, no resultan sino simples rutinarios; Vielé-Giffin y Kahn también se quedaron atrás; Mallarmé, el teórico revolucionario de "Divagation relativement au vers", resulta un desdichado miope, frente a las nuevas perspectivas líricas. No lo es menos Darío a pesar de sus disonancias y su amorfismo verbal, ni Jules-Freire introductor del verso libre en América y el Lugones de "Lunario Sentimental".

Las aberraciones actuales resultan intolerables porque por lo general son frutos del desequilibrio, la ignorancia o la imitación servil. El verso se ha transformado en prosa, pero en una prosa sin poesía. Y aquí radica lo más lamentable de la desviación.

Uno de ellos, Jean Cocteau, declara en el prefacio de su obra "Cap de Bonne Sperance", que el poeta no debe hacer ni versos regulares ni versos irregulares, debe someterse al "método individual" que su instinto le descubra y una vez descubierto le sirve para disciplinarlo. Se trata del reinado del instinto y de lo inconsciente. Las palabras están de más, pues basta la onomatopeya. De tal modo uno de ellos abraza su lira de manicomio y canta así: "Jeanne Jeannette, Ninette nini ninon Mimi mamour ma poupoul mon Peron, dodo dondon carotte ma crotte chouchou p'tit-coeur cocotte cherre p'tit-péché mignon concon concon. Elle dort". Y luego el dadaísmo de los Picabia, los Bretin, los Tzara; y la teoría de la "constancia rítmica" de los Duhamel, los Charles Vildrac, según la cual los versos correctos, *autores tipográficos* deben ser desdénados, no teniendo ellos más que los efectos huecos "del plastrón y la elegancia vulgar de un hermoso adolescente". "Tres bien porté dans le Midi"; de aquí los poemas elásticos de Blaise Cendrars en forma de *videpoches*, dice un crítico, donde el autor amontona líneas de periódicos, versos de almanaque, viejos apuntes de su carnet y vestigios de la conversación.

Es necesario, sin embargo, reconocer que en medio a ese cúmulo de extravío y del sebo de las mismas capillas, hermosos temperamentos se destacaron salvando la rara esencia de su numen, no obstante la extravagancia y el ridículo circundantes, Royer Allard, el autor de "Elegías Marciales", Lucien Fabre y aquel intenso Guillaume Apollinaire,

iniciado en la época simbolista, superior al numeroso conjunto de sus imitadores.

Por lo que motiva este comentario no es precisamente el fondo de las tendencias, sino la transformación en los procedimientos que ellas mismas aparezcan. No es precisamente el verso libre lo que hace temer por los destinos del verso. Es de advertir que el advenimiento en América y España del "versilibrismo" no constituyó después de todo la revolución que en Francia; primero, porque habiendo sido Francia por medio de sus escritores clásicos de la Corte de Luis XIV, los que impusieron los cánones de la Retórica y la Poesía, sus primeras trasgresiones, la más débiles fueron consideradas tremendas herejías; y luego porque en España las nuevas normas no tuvieron las proyecciones que en Francia, salvo la eliminación del hemistiquio, la supresión de las pausas de sentido, la multiplicación de las cesuras, los nuevos metros y la copiosa variedad de las rimas.

Las nuevas tendencias anárquicas predominando concluirían por matar el verso. Yo sostengo que también la poesía. Es necesario proclamarlo así con claridad, por la circunstancia de que entre nosotros no ha faltado quienes defendieran esas funestas orientaciones.

Pierre Reverdy intenta la explicación de la nueva estética en su libro "Self Defense" y escribe cosas como ésta: la duración de una obra está en razón directa de lo inexplicable que ella encierra. Inexplicable no quiere decir incomprendible. Es natural que para tal literatura el verso está demás. El verso es un obstáculo. Por eso se transforman sus corifeos en hacedores de palabras sin ritmo, ni medida, ni lógica, ni razón. Ni verso... ni prosa.

Mi distinguido amigo, el poeta Víctor Bonifacio, en una conferencia que ofreciera en el Ateneo, intentó

una justificación racional de aquéllos. "Las nuevas corrientes filosóficas, dijo, han dado margen a nuevas teorías, haciéndonos posible considerar realidad todo lo que el alma humana siente, presiente o intuye, dado que tan real es tomado a cierta altura de la apreciación filosófica un deseo, un sueño, y aún una interpretación metafísica de la vida, que un hecho material palpable y limitativo de la extensión". Efectivamente; al bergsonismo sobre todo, se le ha querido atribuir la causa de esa tendencia. Se trataría del bergsonismo, del *intuicionismo* literario. No sé si Bergson se haría de buen grado responsable de una consecuencia semejante de su filosofía. Podría ser también que considerara que ésta no ha sido sino un pretexto, ya que algunos debían tener las nuevas escuelas. La impresión producida por los versos de Sappho sugería a un crítico la de los lienzos de Gustavo Moreau; consecuencia directa de la mistificación obtusa, ya abismada en el ridículo y el fracaso, se han supuesto a algunas de aquellas capillas. La analogía pudiera ser exacta; veamos si lo es también con la de filosofía que se ha invocado.

Como lo demuestra Guyau en sus consideraciones sobre el pensamiento y el verso en literatura, en poesía como en toda especie de arte, la revolución en la forma, ha sido precedida por la revolución en las ideas. Modificando el pensamiento de una época en virtud de sus movimientos filosóficos, religiosos o sociales, se modifica el ritmo y la armonía del verso, siendo así que porque Boileau no pensaba de la misma manera que Hugo y que Musset, las reglas métricas resultaron entre ellos diferentes: solemne y pausado el alexandrino del primero, ágil y pleno el de Chénier y el de Hugo.

El bergsonismo dando un nuevo sentido al alma humana, traduce en realidad para el poeta una forma distinta.

No he de negar, ciertamente, que tales corrientes del pensamiento refujan sobre los actuales procedimientos líricos, transformando la estructura del verso al alterar el cauce de su dirección ideológica y emocional, transformación ésta que no puede diferir, por otra parte, fundamentalmente de aquella a que aludía Pellissier refiriéndose al movimiento literario del último cuarto del pasado siglo, cuando afirmaba que el gran progreso de éste fué el de sustituir lo relativo por lo absoluto en todos los dominios del pensamiento, si bien el único peligro, la única cosa vituperable en literatura, como en moral, como en política, la intolerancia, el fanatismo, el dogma estrecho y coercitivo, repugnante al espíritu de nuestro tiempo.

No negaremos a aquellas corrientes ideológicas la virtud de modificar la técnica del verso. Lo dijo Bодó: "toda concepción particular de la poesía tiene derecho a crear su métrica". Pero no de acabar con el verso, agregáremos nosotros.

El jefe del romanticismo reaccionando contra los poetas oratorios y artificiosos lanzó su proclama de rebeldía en el verso célebre:

*"Guerre a la rhetorique et paix a la syntaxe"*

pero estos nuevos iconoclastas se han alzado contra todo, incluso el buen gusto y el sentido común. Y esto no puede ser la consecuencia de la psicología de Bergson. ¡Qué puede sugerir ésta al artista del verso nuevo? ¡Las imágenes vagas, incoherentes, subconscientes, como en "la prosa del Transiberiano y de la pequeña Juana de Francia", de Roger Allard? ¡Acaso toda esa vaguedad y confusión, candor e incoherencia no existía ya en *Pauvre-Léon*?

" *¿A la chose enuolée*  
 " *Qu'on sent qui fuit d'une ame en allée*  
 " *Vers d'autres cieuz...* "

¡Tuvo necesidad Verlaine de renunciar a su ritmo recóndito y divino para cantar así! ¡La manera sintética y esquemática para expresar la emoción y los más tenues movimientos del espíritu, es lo que comporta aquella descomposición del verso! ¡Rimbaud, en cuatro rasgos, sin largas descripciones ni enumeración de hechos, no nos describe su infancia, y con dos imágenes y la evocación de un detalle trivial, no remueve todas las ideas y ensueños dormidos en el alma"!

La sencillez primordial, la simplicidad que llega hasta rozar la animalidad, es lo que acaso constituye la causa! ¡Francis James no la ofrece en sus poemas, lejos del virtuosismo artístico y los recursos artísticos, antes del unanimitismo y de Jules Romain, y antes que el pensamiento filosófico de Bergson nos planteara su tesis general de la vida y del universo: el intuicionismo, como medio de sorprender la vida en su más ingenua pureza considerando las cosas como en un estado de continuo devenir sin término ni detención, como nos lo recuerda sagazmente el conferencista del Ateneo!

Pero si inofensivos son el orror, la extravagancia y la excentricidad, ídolos de los nuevos templos que pasarán sin dejar ningún rastro perdurable como no sea el resplandor aislado de alguna vigorosa individualidad, peligrosa resulta, sin duda, la fobia, mejor dicho la endemia de virulencia temible que significan aquellos malabarismos verbales, que de triunfar acabarían irremediablemente con el verso.

No parece sino que en su aberración vesánica hayan decretado su exterminio, apuntalando aquellas predicciones de la escuela naturalista que lo equipa-

raba por la palabra de Zola a una rémora frente a la libertad y al dinamismo de la palabra, imprescindible al pensamiento moderno. La poesía es eterna, se dijo entonces, pero el verso no lo es. Se planteaba como ahora un problema que preocupó tanto como a los poetas a los filósofos y a los hombres de ciencia. El admirable pensamiento de Guyau apoyándose en el Spencer de los "Ensayos" y en el Beau de Fouquières del "Tratado de versificación", hubo de demostrar que de acuerdo con la "ley científica", la "ley psicológica", la ley del contagio simpático, el verso es eterno también, pues que arranca su origen de la propia naturaleza humana. Teniendo por fin primordial la expresión de nuestras emociones, es la emoción su causa primera. Nuestros sentimientos y nuestros gestos tienden a adquirir una forma rítmica, al punto de que el verso pudo ser definido así: "la forma que toma nuestro pensamiento emocionado".

Brunetière ha dicho que no existiría razón de medir, de cadenciar, de modular el pensamiento, si no existiera en la modulación, en la cadencia y en la medida, una virtud propia y todopoderosa, semejante a la línea en la escultura y al color en la pintura. Cabe agregar, que de no ser así, la forma versificada, genuina expresión de las épocas primordiales, en las que la palabra canta espontáneamente en el júbilo, en el terror y en el sufrimiento, sería, en esta época, un juego pueril, dictado sólo por el instinto ancestral, indigno, por consiguiente, de figurar como ejercicio superior del espíritu y como exponente cardinal de la cultura de un pueblo. (1)

JOSÉ G. ANTUÑA

---

(1) «Prosas», Pablo de Grecia.

## AVE, VIATORI...

*Alza tu vaso por brindar al huésped  
fraternal bienvenida:  
pues es un hombre y, como tal, tu hermano  
en la inmensa familia.*

*Y si ningún presente puedes darle  
para sustento en la preciosa vida,  
óblale el corazón dentro la mano  
y el mejor pensamiento en las pupilas. . .  
No le digas "¡Adiós!" sino "¡Hasta : luego!".  
. . . Y espera que retorne, todavía,  
pues es tu hermano — no lo olvides nunca —  
en la inmensa familia. . .*

JULIO LEBENA . JUANICÓ.

## "A ONDA VERDE", por Monteiro Lobato

El observador artista de "Urupês" y el narrador impresionista de "Cidades mortas", se convierte en "A onda verde" en el sociólogo, con sus facetas de patriota entusiasta y de hombre práctico, que ya habíamos apuntado en dos estudios anteriores. Surge periodista en el noble concepto con que aceptamos como un título de positivo valor, este calificativo. Periodista, esto es, perspicaz en la observación, so-  
porio en el estilo, gallardo en la censura, veraz en la acusación, valiente y honesto en el ataque, culto en el lenguaje con que expone su pensamiento, limpio de prejuicios y rectilíneo en la intención.

Este libro, escrito al margen de la realidad, comentando sus acontecimientos o estudiando las causas de determinados efectos, completa la obra literaria de Monteiro Lobato y le da, al destacar nuevos rasgos, más auténtica personalidad.

Vivimos en países nuevos, donde se está gestando un porvenir promisor. Causa cual es responsable de lo venidero en la medida del impulso con que se haya entregado a la labor del presente. Monteiro Lobato siente hondamente esta responsabilidad. Su libro exterioriza su patriotismo en lo que el sentimiento de patria y de nacionalismo tiene de progresista. El anhelo de adelanto que inspira los capítulos fervorosos de "A onda verde" se mide por el entusiasmo con que se entrega el autor a la vivisección de las cosas

en que su dinamismo se desenvuelve en acción renovadora.

Ha dicho Monteiro Lobato que hay dos clases de escritores: los necesarios y los inútiles. Siguiendo su propia clasificación, debemos incluirlo entre los primeros. Este libro que comentamos es la mejor demostración. Como en "Terra Catarinense" de Crispim Mira, que comenta, aquí aparecen entremezclados paisajes con estadísticas, anécdotas con visiones de sociología, historia con escenas de costumbres, sin que, en la aparente oposición de los temas, falte la absoluta unidad de la concepción que da integridad a la obra destacando su clara intención.

Disociador de las verdades de su hora, Monteiro Lobato no se detiene ante los resultados de su análisis reflexivo. Abonda el comentario de las cosas circunstanciales para exprimirles su significación verdadera. Cuando nota un defecto lo destaca con valentía, sin pesadumbre, porque se le adivina la firme confianza en el porvenir de su pueblo. No arreeja en los calificativos de censura; ni desvía sus ojos zahoríes de los lugares en que la obra realizada presenta los aspectos vulnerables. Con gran espíritu práctico se sobrepone a sus naturales predilecciones estéticas. Es que vive su tiempo. Así dice defendiendo las vastas plantaciones de eucaliptos: "... nossas matas caracterizam-se pela abundancia desastrosa de especies misturadas. Num alqueire de terra crescem dois, tres mil vegetaes diferentes, o que é lindo a luz da esthetica, optimo para tirar cipó, mas, do ponto de vista da utilidade economica, um desastre". Mas no ha de ser Calibán el triunfador siempre, ni a la utilidad ha de someterse perennemente la estética. Si la riqueza del Brasil depende del replanteo científico de las selvas arrasadas, la estopenda belleza de Río de Janeiro dependerá de la conservación de sus relieves na-

turales de prodigiosa esbeltez. De tal modo lo expone Monteiro Lobato, desacreditando la mesura de su espíritu equilibrado.

Es indudable que en el fondo de los humoristas suele haber un pesimista desencantado. Monteiro Lobato en "A onda verde", que viene a ser en el desenvolvimiento de su producción literaria algo así como su ideario, ataca a las normas directrices, puntales de nuestra ideología, y como revaluándolas, afirma que la inteligencia del "homo sapiens" es "una coençã, una hypertrophia cancerosa do instinto. Só produz males. E'a mãe tãdo sofrimento. A guerra, a fome, a peste são filhas suas, como são filhos seus todos os horrores que fazem odiosa a vida na Terra". Luego, tal cual si ironizase un nuevo manifiesto marxista, convencido de que "veste o lobo a pelle da velhice, mas fica com o rabo da mocidade de fora", ante el fracaso de la civilización, se acoge a esta regocijada esperanza! "Animaes todos da Terra, basta de submissão ¡Uni-voses!".

En esta fantasía i irónica Monteiro Lobato revela su condición de artista: Pone al servicio de la verdad, por cuyo fiel cumplimiento trabaja con entusiasmo, su arte de obrero intelectual.

"Sem a intervencao e da arte é impossivel transmitir aos posterios a sensaçoao exacta do que se passou. Só a arte sabe perpetuar o que foi vida". Tales premisas puestas al margen del afiligranado "Os sertoes", revelan la acuidad de su intento.

Paradojalmente sostiene luego, buscándole explicación al "irreductivel" horror á leitura que caracteriza o brasileiro", que los libros fundamentales para el pueblo suelen ser las malas historias de amor, de guerra o de aventuras, ocaídas, por casualidad, en manos de los adolescentes. Es que el niño en su edad escolar adquiere la convicción de que leer es torturarse.

Los horribos libros escolares lo han inculcado tal opinión con el eterno y resobado canto a los próceres divinizados. Cuando cae a sus manos un tomo de Escrich o un libro "prohibido", abre en su espíritu una brecha la emoción primeriza. Siente con nueva sensibilidad la psicología simple. Amplia su interés, y está salvado. Tiene razón nuestro autor. Del Pérez Escrich huirá de modo espontáneo, porque la cultura es un proceso eliminatorio de predilecciones realizado en lecturas sucesivas; y hay que crear el deseo de éstas para que pueda lograrse aquélla en toda su deseable amplitud.

Resulta interesante señalar que Monteiro Lobato no es un purista en el sentido casi toxicológico con que hablan con idioma los gramáticos. Espíritu abierto a la influencia del habla popular, hijo del Brasil renaciente, admite la necesidad de ir derecho a la creación de un lenguaje propio, desde que la corrupción idiomática es la evolución natural del habla madre. "Novo ambiente, nova gente, novas coisas, novas necessidades de expressão: nova lingua". Tal es el problema planteado por la evolución de los idiomas básicos, a los escritores de América. Hay que derribar muchos "ídola fori". El prejuicio de las academias infalibles se yergue agresivo. La empresa es formidable. Para el profesor Francisco de Assis Cintra, que la emprendió con agudo sentido práctico al iniciar su "Diccionario Brasileiro", prodiga Monteiro Lobato sus elogios convencido de que la tarea programada será altamente provechosa.

"Persiste a lagarta rosada do bacarelismo".

"Sem cultura, impossivel opinião; sem opinião, impossivel política que não seja essa pyorrhéa que nos derranca, e cuja missão, no dizer d'um velho político já morto, é desfazer de dia os passos que as coisas dão naturalmente de noite". "O nosso problema

capital, é crear a cultura". De este modo plantea Monteiro Lobato su preocupación ante la evidente incultura. Es una inquieta página de honda preocupación la suya. Proclama la necesidad de crear escuelas que enseñen a leer y escuelas que enseñen a sacar partido de la lectura. Hay que hacer la obra completa de una vez para siempre. "Uma sem outra é cartucho sem espingarda", expresa pintórescamente. Y lo que lo sugiere la observación del Estado Paulista, podría decirse del Brasil, y aún de toda la América. Los capítulos de "A onda verde" se vertebran para formar un organismo completo, en el que los más simples detalles se vinculan por la idéntica finalidad que se inspira en un amplio concepto.

Es un libro sano y sincero, quizás un tanto apasionado; pero por la pasión de la verdad y de la justicia, firme en la esperanza de lo porvenir que brota de la decepción ante lo presente en un alma de onérgica voluntad.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

Treinta y Tres, mayo de 1923.

## MIGUEL ARRISCAETA, CAPITAN SACRIFICIO

Ha tiempo que la Unión ha dejado de ser una localidad inmóvil, dormida ante las puertas de una ciudad. Cortada en dos por una vía de tránsito, que sigue el lomo de la Cuchilla Grande, el pueblo de Oribe, como aún le llamau algunos bajo el influjo de la antigua savia, no ha podido sustraerse al movimiento renovador, inquieto, fabriciente, que Montevideo, al pasar por la Avenida 8 de Octubre, va arrojando como una simiente sobre las laderas silenciosas.

Los viejos caserones van muriendo. Muchos tienen ya los huesos al sol, carcomidos los frontispicios, quebrados por las cicatrices, sedientas bocas agónicas que están clamando el golpe certero de una pica. Hay edificios remozados, defendidos por la tradición solariega, de mármoles desgastados, de hieráticos aldadones, fachadas nobles, precisas, que soportan a regañadientes el coqueteo tímido de las fronteleras, acorazadas sus ventanas, con algo de baluarte y algo de mirador, donde ostentan, a través de los vidrios, las matronas olvidadas y las viejas solteras que insisten todavía. Lo demás se altera, se transforma, se completa. Sobre los cimientos primitivos, el estilo moderno. A izquierda y derecha de la Avenida, bajo el paisaje arbolado, los barrios obreros se van formando Centenares de construcciones multiformes, de arquitectura antojadiza o forzosa, manufacturada durante los domingos y días festivos, luca a lista y

teja. Las quintas señoriales, ceñidas y cortadas por los caminos nuevos, desaparecen, digeridas por el tiempo. De algunas sólo queda la casa, cubierta por la enredadera que se adhiere al revoque pardo, verdusco, muda, silenciosa, acogida bajo el ramaje de los árboles añosos, esperando la muerte en un reposo augusto, como la veneranda cabeza de un patriarca.

A la vera del camino Cerrales, subsisten aún los primitivos molinos que hoy sirven de albergue para la humilde gente y de depósito para los forrajes; algo más adentro, la plaza de toros, abandonada, en ruínas, vencida por la indiferencia del ambiente y que cuenta entre sus hechos gloriosos, la muerte de un toro bravo.

En Larravide y 8 de Octubre, un auriga de 75 años, con su breack y los dos jamelgos. Comúnmente lee el diario, ocupando su asiento de trabajo, mientras los caballos duermen o bostezan. Rara vez hace un viaje. Cuando tiene compañero charla sus cuentos. Todo en su vida es ya un cuento largo que se repite. Y cuando alguien le indica la conveniencia de buscar otro sitio más ventajoso, donde no esté bajo la competencia del automóvil, él se resiste. ¡Ir a otro punto! ¡Nunca! Ahí empezó y ahí ha de acabar. Todos los episodios de su existencia, los felices, los dolorosos, la línea eterna que recorre cada ser le ha visto ahí, en esa esquina. Fué muchachón alegre. Dió serenatas y cantó bajo el balcón de su amada en las noches tibias. Se casó, tuvo hijos, tuvo nietos. Cerró los ojos vidriados de algunos seres queridos, cuyas vidas pasaron ante la suya, huyendo hacia la sombra. Y en los días veraniegos, de soles abiertos, como bajo las lloviznas murmurantes de los inviernos blancos, a su modo y con su espíritu, andando o aterido, pesó los problemas del mundo en sus ratos de ocio. No ha de irse sino cuando lo lleven.

Al Este, después de un pobre caserío, las canteras de la Unión, célebres desde la época del Gobernante corregidor, donde los engrillados elaboran la piedra, al centro, el Hospital Pasteur, ex Asilo Piñeiro Del Campo, ampliado recientemente, pero sin que se haya modificado en una línea el estilo austero de su masa; la calle Asilo, reducto del silencio, último refugio pueblerino, calle mañanera que el mediodía del verano adormece en la siesta; el mercado con su expresión de miseria, quemado por el tiempo, hostil y agresivo como un indio viejo. Y además, existe aún, un ser de infortunio, una máscara humana, una imagen de locura, angustiada, espasmódica: Miguel Arrisaca, Capitán Sacrificio.

Nació en la Unión y morirá en la Unión. Es popular, como una calle, como la Plaza, como los Molinos. Lo sonríen los viejos y le temen los niños.

Miguel medirá un metro cincuenta de altura, acaso menos. Flaco, cuerdo, bajo la garrá de una crispatura que se acentúa al andar, su cuerpo culmina en una cabezota donde ha estallado la proporción humana. La cara es pequeña, obata, dividida en dos partes iguales: desde el nacimiento del pelo hasta las cejas y desde las cejas al mentón. Ojos, nariz y boca parecen apretujados, bajo el parción vacío de la frente. Y el cráneo grande, abombado, que se echa hacia la base, después de dilatarse en redondo en una convexidad que amenaza reventar.

Presenta en la piel una cantidad innumerable de tumores, algunos del tamaño de una almendra, otros como cabezas de alfiler, la mayoría con el aspecto de simples berrugas. Son muchos, son cientos. La parte del cuello está erizada de nenromas. En el nacimiento de la nariz, tiene una errocencia violenta, cárdena, como un parásito incrustado.

Cuando Miguel Arrisaca camina, los movimien-

los rotos de su organismo, completan su expresión torturante. El recorrido de su paso es menor que la longitud de su pie. Algo atáxico, una de sus rodillas, describe un ligero círculo antes de iniciar el ángulo de la marcha. Adelantando su lado izquierdo, se diría que éste arrastra al derecho. La lentitud de su camino exaspera. Avanza hacia la inmovilidad. Parece - que de un instante a otro ha de quedarse para siempre, parado, petrificado, como una momia en la última mueca de la vida. Cuando va a la iglesia, bajo la ojiva de su entrada magnífica, su cuerpo es una estatua que espera un milagro de Jesús, un motivo escultórico en la arquitectura de la casa de Dios.

Miguel Arriscaeta tiene en su rostro una expresión de angustia que no alcanzan a borrar ni la cólera, ni la sorpresa, ni la admiración, ni la alegría. Sus largos años de sufrimiento han formado como una pátina de dolor que lo cubre. Lleva en sí lo grotesco y lo ridículo: dos jorobas de budo que matan la piedad. En sus caminos interminables le ha asaltado siempre la dentellada feroz de la risa. Es un juguete diabólico, de distintas faces. Desde cualquier punto que se le mire, presenta dimensiones inarmónicas y reflejos absurdos. Y mientras los demás ríen, él maldice. Como el Nabí de Moab, está seguro de su maldición. Ningún enemigo escapará a la venganza que arde en su cráneo atormentado. Conoce castigos horribles, sabe de suplicios mayores que los suyos. Nadie escapará. ¡Cómo! ¡Cuándo! No puede precisarlo, pero no le importa. Dispone de la eternidad. Podrá morir, pero sus maldiciones perdurarán. Si no cae el padre, caerá el hijo, de lo contrario el nieto. Sabe algo, vio algo. Más de cuatro se fueron llevados por las alas negras de su presagio. Algún gime, torturado por el mal, llora y grita sin poder morir. Miguel sonrío. Miguel tiene sonrisas de espectador infernal. Su dios

le ayuda. En una mano la venganza, en la otra el perdón. Es dueño del destino de sus verdugos.

Miguel Arriscaeta, Capitán Sacrificio, siempre ganó su pan. Le repugna la dádiva caritativa y su espíritu tiene rebeldías honradas. No solicita la generosidad de nadie. Vende números de lotería y la ganancia de esta venta le da para vivir. Y es en esta lucha de todos los días, recorriendo las calles de la Unión, a cuestas con su pobre cuerpo, soportando la burla de los hombres, la insolencia de las mujeres y la algarazara de los muchachos que paga su derecho a la vida Brama y maldice. Le llaman Pasa huevos, Capitán Sacrificio, Desgonzado, Melón Frito. Pero Miguel se desquita. Poco le importan los nombres de las personas que trata. No quiere sabores. El las bautiza. Posee el don de adivinar el interior de los individuos, de descubrir ese poco o mucho de ridículo que todos llevamos. Siendo un vendedor de radio fijo, de una memoria sorprendente, que conoce el movimiento social de su pueblo como si se tratara de su familia, que divulga cada vez que le viene en ganas la verdadera edad de las solteras de la Unión, no se hallará en su libreta de apuntes, un nombre propio que no sea inventado por él. Un tal Méndez le compra un billete, el 10320. Miguel anota esta venta. Sabe que el comprador se llama Méndez. No obstante escribe en el cuadernillo: 10320: Un Cataplasma. Un señor Rebollo, gordo, sudoriento, bufador, le lleva el 15618. Miguel escribe: 15618: Relleno Fermentado. Una señorita de cuarenta y cinco años, que cada vez que encuentra a Arriscaeta se apresura temerosa, adquiere por medio de su sirvienta, una tira entera: 12106: Gata Porfiada. Posee una fácil manera de dibujar. Es pintoresco, agresivo. No pierde un detalle. Tiene el sentido de la caricatura. Puntualiza el defecto, el vicio, es un observador socarrón que por inspirar una

excesiva confianza no, se le oculta nada. La lectura de su cuadernillo provoca la risa. Entonces nos solidarizamos con Miguel. "Domador de Sillas", "Pera Angulema", "Mil Hojas", "La Vieja del Diente", "Un Granuja", "Cara Lánguida", "Destruya Microbios", "Poca Sangre".

No es fácil dar con la edad de Miguel. Está entre los cuarenta y cincuenta y cinco años. Tan pronto parece un ser avejentado por los sufrimientos, como da la impresión de un leño duro que resiste al tiempo. No hay en toda su existencia un episodio sentimental. Fuera de su fatal condición para provocar la risa y la burla, en su vida no hay historia. Su pasado le sigue de cerca. Se va haciendo y deshaciendo tras su marcha como la estela de un barco. Acaso hay en él el germen de lo grande y de lo bueno, ahogado por la forma. La acción le ha visto impotente, encadenado y pasó junto a él, fugaz, dejándole en la retina la ruta sensible del vuelo. Y si un día, un manto piadoso cubriese sus reflejos diabólicos, Miguel Arriscata se hundiría en la soledad. Lentamente iría acabándose y so le hallaría al fin, en cualquier camino, vacíos los ojos, vacías las manos, sin sus maldiciones, sin sus perdones, de pie como un anatema, liviano, escamoso, muerto.

JOSÉ PEDRO BELLÁN

## LA CHICA DEL HENO

*Del libro en preparación «Fruita»*

*Va la chica fragante  
Rellenita de gracia,  
Carga un ato de heno,  
Y salpican la bata  
Filigranas maduras. .  
Pelusitas doradas*

*Las palomas al verla  
Se allegan en bandada,  
Las palomas al verla  
Se posan en la falda,  
Y ella sigue aromando  
Como un cacho de pava,  
Y parece que enjoya  
Su boquita de grana  
Dos pajaritos rojos  
Que han bajado a besarla*

M C IZCUA BARRAT DE MUÑOZ XIMÉNEZ

Julio de 1923

## BAJO TU BALCÓN

*En la hora aquella cuando las sombras  
Triunfan del último resplandor,  
Cuando a su nido vuelven las aves,  
Cuando se inclina sobre su tallo  
El girasol,*

*Yo estoy, mi bella, bajo tu solio,  
Fijos los ojos en tu balcón  
Hasta que se abren las celosías  
Y tú apareces, como a la aurora  
Asoma el sol*

*¡Qué importa entonces que el día huyera  
Si baña mi alma su resplandor!  
Cuando hacia el nido vuelan las aves,  
Mis pensamientos van presurosos  
A tu balcón*

*Y allí te cuentan nostalgias hondas,  
Allí te arrullan con dulce voz,  
Te hablan de todas las penas mías,  
De mis insomnios, de mis profundas  
Fiebres de amor*

*Y tu que sabes cuánto te adoro  
Tú que conoces mi corazón,  
Junto a tu seno les das albergue,  
Porque para ellos eres el nido  
¡Y eres el sol!*

FERNANDO NISSEL ALVAREZ

## LAS SEÑORIALES...

(A Orestes Baroffio).

### I

Las achicoriolas quintas de antaño,—sobre ese cauce ba-  
[rrroso y quieto,  
Se van, se mueren, año tras año,—¡de un silencioso  
[morir secreto!  
¡Ni hoy quien las plañal... Tal vez el sauce  
Vierta : congojas—llore sus hojas, sueltas en lágrimas  
Sobre ese cauce...  
De agüta dormida, morosa y verde,—donde se pierde  
La luz vencida :

¡Penumbra glauca de catedrales!—¡bosque de tron-  
[cos en columnata]!  
¡Mojos de mármoles en los sillales!—¡pátinas no-  
[bles] ¡fuentes de grata  
Música antigua,—pueril y exigua!...  
¡Aroma intenso, del eucaliptos—zahumar de incienso  
[de los pinares]

¡Respiro leve  
De un jazmín límpido, color de nieve!...

Para á los claros, el sol tamisa,—casi aureolándolos,  
[otro paisaje :  
¡Reir o de céspedes! ¡Seda de cielos! ¡Sol de alegrías!...  
De cenizas, nombra—la sombra ¡en líricas algarabías,  
Todos sus huéspedes!

## II

Noches de luna del tiempo ido:

¡Toda una fatua fauna se ciernel todas las cosas  
 Muertas respiran:—¡Nieve una estatua,  
 Con ademanes lentos las rosas—que la han ceñido...  
 ¿Y en ellas bebe?—y ellas ¿auspiran?

Mil pequeñísimas presencias hablan; mil prodigiosos  
 [insectos miran;  
 Mil nuevos acres—se crecen los dueños—ya del jardín.  
 Hasta las flores ¿verdad o sueño? ya son mujeres  
 Y sus perfumes cuentan quereres!

Allá en un banco,—junto a una sombra,  
 La muselina de un ruedo blanco, se nieve apenas...

¡Noches serenas!

## III

Las señoriales quintas se fueron,  
 Como las cosas del tiempo ido,  
 Como sus rosas, muertas de olvido...

Cuando en crepúsculo, se extingue el día,  
 En ellas sólo!  
 ¡Pío—el chingolo—melancolía!

Ni hay quien le escucha... Tal vez el sauce  
 Llora congojas,—todas sus hojas!  
 Sobre ese sauce!

## IV

*La luna vista, ouelga un tul blanco,  
Para aquel banco, desierto y triste...*

*Y en esa noche que nadie alegre,  
Toda crespones, hueco y vacío,—entre los árbo-  
[los, más honda y negra,*

*Como si un alma sintiera frío,*

*¡Frios de polo!*

*¡Como si un niño tuviera miedo!*

*¡Solloza un plo,—tímido y quedo...*

*Tímido! y, sólo!*

B. CAVALLA (hijo).

Montevideo, 1908.

## EDUCACIÓN

### LA MENTIRA

En el lio emarrafado de la rutina legada por los sistemas antiguos y la que se va formando con los nuevos, está comprendida la creencia de que damos buenas lecciones para enseñar a no mentir, porque el día señalado para desarrollar el tema relativo o en ocasión propia, hacemos prédicas emocionantes, tratando de conseguir que nuestros discípulos sientan aversión por la palabra cuyo significado expresa que lo dicho no está en consonancia con los hechos, en su fiel realidad.

Poco tiene que esforzarse la observación para ver repetido en todo lugar, variando forma y detalle, el caso relatado por el conocido chascarrillo: "Un padre acaba de castigar a su hijo porque ha mentido y llaman a la puerta.—¡Papá!—exclama el niño.—El señor Tall—Dilo que no estoy en casa—responde muy tranquilo, quien pocos momentos antes mostró severidad por un embuste infantil."

Por escrupulosa que haya sido la enseñanza recibida en los primeros años, todos hemos hecho forma de nuestra conducta, razonando confundidos en medio de hechos que diariamente ocurrieron con dicho contrasentido.

Vemos mentir siempre que la ocasión pone en el caso de hacerlo, con alguna ventaja, porque mentir

es tanto el decir: ¡no! cuando lo cierto es decir: ¡sí!, como inventar una excusa para no asistir a la cita convenida, un cuento para ocultar la proccéncia de una dádiva, el costo verdadero de una mercancía, cosas que los niños ven hacer día a día, sin contar en esa categoría de hechos, la mentira dorada por humanidad o cultura, porque ella, aliada con sentimientos de amor, entra en otro orden de juicio.

Antes de leer a Max Nordau, tojlos aprendimos que el término *mentira* es convencional en el uso diario. Hay quien se bate por oirse apostrofar con él, aunque su sentido coincide con la verdad de los hechos; no obstante, ella es ingenioso recurso para salir de una situación comprometida; a veces, alorno trivial de atributos que la sociedad perdona, solicita o impone; otras, inocente disfraz de fantásticas ilusiones; en unas ocasiones, vestidura poética; en otras, engaño que con el nombre de broma, se desvanece en seguida.

Continuamente la ve el niño, como recurso elástico, empleada por los que lo señalan la vara inflexible de la verdad.

En el teatro y en la novela, el asunto de la verdad y la mentira, ha sido juzgado ya con tonos variados que no es del caso comentar; pero si recordarlo, para tener en cuenta que el maestro inteligente y sincero, debe colocarse en una situación distinta de la que suele elegirse para buscar posición, cuando se enseña el hebraico mandamiento de: "No mentir".

Dos errores, sustancialmente, forman la médula de las lecciones que a este punto se refieren: 1.º el que prima en toda enseñanza moral, dar al precepto una importancia exclusiva o dominante; 2.º el que se deriva de la falsedad de criterio, como acabo de exponer, respecto al asunto en sí.

En mis apuntes de observación, tengo anotado el siguiente caso interesante:

Desempeñaba yo transitoriamente un cargo de inspección en los Asilos Maternales, que funcionaban bajo la dirección de religiosas. Llegué un día a una clase, cuando la maestra daba la enseñanza que me ocupa. Era el tema: "La mentira".

No debo hacer órtica comparada de los procedimientos que pertenecen a las tendencias de ódos escuelas: la del dogma y la del libre pensamiento o; porque la Hermana dió su lección sin mencionar los castigos del infierno ni las promesas del cielo; la dió como se daban en nuestras escuelas laicas; como se dan y se seguirán dando mientras la verdad y la mentira no sean vistas en la escuela, como lo son en la vida real, con las variantes de su relatividad o convencionalismo, en el orden filosófico o vulgar.

Ella dijo lo que dicen generalmente los maestros y los padres:—"¡Es muy feo mentir!" "¡Hay o que decir la verdad!" "Al embustero, nadie le cree o lo que dice", y a continuación hizo el relato de la fábula: "El niso y el lobo", que convence por egoísmo e cuando razones más nobles no han podido convencer.

Sobre este mismo tema, conozco lecciones desarrolladas como modelo, muy inferiores a la que acabo de describir; porque no hay obra más difícil, en la enseñanza, que la de pretender modernizar formas, manteniendo viejos los conceptos.

La verdad y la mentira, para entrañar en las escuelas de nuestros días, deben ser vistas en lo que son, desnaturalizadas por el error, el convencionalismo, la imaginación.

No siendo así, colocándose el que enseña, en una situación artificial, ¿qué puede enseñar más que la mentira, en realidad?

Despojadas las lecciones que se dan sobre el tema que trato, en nuestras instituciones escolares modernas, resultan mucho más ridículas de lo que fué, como se verá, la que acabo de citar.

Eran más de 50 o 60 niños de 6 a 7 años de edad, los que la escucharon. Cuando se dió por terminada, me dirigí a ellos, diciendo:—"Piensen un momento; traten de recordar si alguna vez mintieron, y el que haga memoria de haber dicho una mentira, levántese."

No tardó mucho en ponerse de pie un niño: el único. Esperé en vano a que se levantara otro, incitando varias veces para que recordaran, diciendo que podían haber mentido antes de saber que es feo mentir.

Cuando tuve la convicción de que no había en la clase más niño sincero que el que se había levantado, me dirigí a él pidiéndole que hiciera el relato de lo que recordaba.

Oí entonces esta referencia, que, aparte de su valor en relación con el asunto que es materia de este artículo, denota cuál es la situación económica de algunos alumnos de los Asilos Maternales, a la que me he referido en otros:—"Mi mamá había guardado dulce en el aparador. Yo lo comí y cuando me preguntó si lo había comido yo, le dije que no, que había sido el gato."

Espontáneamente, porque lo habría hecho aun cuando no me encontrara frente a una clase, y a la vez con el fin de impresionar, di al niño un apretón de manos, diciendo:—"Eres sincero; mereces confianza. Dices la verdad, pues que confiesas que dijiste esa mentira."

No sé lo que pensó la Hermana, de esa declaración mía; creo que la desconcertó. Ella habría preferido, probablemente, que todos se presentaran verídicos por virtud innata, sin darse cuenta del contrasentido que, en caso de ser así, significaría dar lecciones sobre la mentira.

Su desconcierto hubo de ser mayor, sin duda, cuando vió que, después de esa manifestación mía, el res-

to de la clase esperaba una inanimación, para levantarse en masa.

Apenas me dirigí a los que estaban sentados, diciendo: "¡Quién de ustedes ha recordado algo?" todos se pusieron de pie para merecer el título de sinceros.

¡Cuántas cosas escuché!

La vida infantil fué desarrollando el variado espectáculo de sus cuadros reales, ante la mirada sorprendida de la Hermana, y el deleite de la mía, tan grande como el que puede sentirse ante las mejores escenas de teatro.

Episodios como el que acabo de referir pueden presentarse cuando se quiera, porque la verdad y la mentira están encerradas dentro de un cristal irisado como el de las pompas de jabón, que, al romperse con el soplo de una pregunta dirigida al fondo del alma, las muestra en su verdadero color.

A pesar de la artificiosa monotonía con que ocurren los hechos diarios de la escuela, ¡cuántos sucesos podrían citarse como ejemplo de lo falsa que es la enseñanza sentenciosa del "¡no mentir!"

Pregúntese quién rompió un vidrio, quién escribió en la pared, quién destruyó la masilla fresca, quién derramó tinta, quien marcó con garabatos la tapa de un libro. Donde se presente un niño que diga: "¡yo!" sin insolente desvergüenza, ahí se enseña a decir verdad, aun cuando nunca figure en la Libreta de Lecciones, una de Moral dedicada a "La mentira".

Para que eso suceda, es preciso que el ambiente escolar presente los hechos en su derivación natural, sin desfigurarlos con imágenes falsas y que la mente infantil tenga entera libertad para expresar sus pensamientos y hacer franca manifestación de su sentir.

ENMIENDA COMPRE Y RIQUE

## Bibliográfica

La casa.—Jaime Torres Bodet.—México.—Librería Herrera.—1923

Este poeta me, caso de quita nos hemos ocupado en otra ocasión nos regala con un nuevo tomo de Versos. No es la primera vez que un poeta busca la fuente de su inspiración en todo aquello que le rodea íntimamente, en todo cuanto está a su lado día a día, ya sea para alegrar serenamente la vida del hogar o para llenar las más modestas necesidades. Pero es justo confesar que Torres Bodet ha puesto al poema de "en casa" el sello inconfundible de una su propia originalidad.

Es éste un libro en el que se advierte una constante suavidad, un continuo entusiasmo, un aereño optimismo y una sagrada paciencia. Está toda adornada de rosas para dar la bienvenida a cuantos llegas, que es como decir, para ofrecer el salmo lírico de una bella amistad.

"¡La vent La casa entera tiembla de amor profundo  
¡Si para hacerla amable, la hielmos como el xando  
Un vaso en que pudiera beber toda una vida!"

Pero este libro tiene un mérito superior. Son unos versos fluidos claros y sencillos. Están ejecutados sin rebuzamientos. Son como rosas, son musicales, son bellos. No me resisto a la tentación de transcribir algunos ejemplos.

Dico en "El Agua":

¡Es un agua tan buena el agua de la casa!  
¡Tiene un sentido humano su claridad tranquila!  
No es ya como la fuente una emoción que pasa  
por eso, más que el labio, refresca la pupila."

Y en "La Hermosa":

"Y sin embargo pienso que, al volver a la escuela  
cuando en las tardes de oro con que principia mayo,  
el olor de las rosas que entre las brisas vuela  
tiene su pecho sibil de un lánguido desmayo,

al sentir en la aia del viento meciéndome  
la misma flor que un día oliera en nuestra casa  
hinchará un caplo tiblo su carpaso de gusa  
y latirá, más honda, en sus venas la vida."

Es con gran placer que hemos leído este libro hermoso al que agradecemos, no sólo una impresión de arte honesto sino también la emoción de sus cuadros tan naturales y tan vivos.—E. M.